que me deja espantado, con tanto que hacer y tratando de adivinar si mi esposa besaría, de esa manera, una rosa blanca, o una flor cualquiera, en mi funeral.

Certeza de lo inmóvil

MARIANA TRAVACIO: CENIZAS DE CARNIVAL (2018)

Aplasté un mosquito contra la pared de mi estudio. Era un mosquito grande. Quedó estampado contra la pintura grisácea. No quedaron rastros de sangre. Solo su esqueleto bidimensional, reseco. Está ahí hace veinte meses. No se descompone. Sigo viendo cuatro patas y dos alas. Calculo que las dos patas que me faltan, las que no logro ver, deben haber quedado aplastadas debajo de su abdomen. Le pedí a Luisa que no lo tocara. Luisa es muy puntillosa y me lo hubiera quitado enseguida. Le pedí que lo dejara porque necesito algún referente, algo inmóvil, un punto de concentración. El resto de mi vida no me deja en paz, se descompone, se volatiliza, se desordena. El mosquito me devuelve certeza. La vida se degrada en un agitarse de vientos y de sombras, ese menearse constante de todo, ese devenir al vacío. No lo tolero. Martina se fue porque le pedí que se fuera. Ya no la soportaba: era puro movimiento. Se despertaba y me carcomía los segundos, las sábanas, el aire, la taza de café. Un día

le dije que ya no podía, que por favor me dejara. No me dijo nada: metió su ropa en un bolso y desapareció. Eso me hizo mucho bien al principio. Después me di cuenta de que no era Martina. Era el viento, o era Luisa, o era algo empecinado en tocarme las cosas. Yo con mi necesidad de sosiego y los objetos obstinados en convulsionarse o desaparecer. Entonces le pedí a Luisa que limpiara, porque no era cuestión de vivir en la mugre, pero que no moviera las cosas de lugar. La entrené en eso de levantar un cuaderno, pasar el trapo debajo y volver a apoyarlo en su lugar. La entrené en eso de observar con detenimiento la posición de cada objeto, de cada elemento: ella estaba autorizada a sacar, exclusivamente, las partículas de polvo, del piso o de los estantes, de la mesa o del escritorio. Solo partículas de polvo. Me costó que entendiera que no estaba autorizada a remover los restos de jabón de la jabonera. Que tampoco debía cambiar toallas ni zarandear sábanas ni barrer las hojas del otoño. Logré, a medias, que me dejara la taza del desayuno en el exacto lugar donde yo la había apoyado, que me dejara los pantalones tirados sobre el piso, donde yo los había dejado caer, que dejara mis papeles intactos, que me dejara asumir que no era otro que el viento el que había tocado las hojas muertas en el jardín. Pero le tuve que decir este tema del mosquito, porque lo que nunca logré es que no me tocara las manchas en la pared. Luisa repasaba la casa, lo poco que yo le dejaba

tocar, y entre sus prohibiciones no se encontraba este asunto de las paredes. Un día hice una marca en los azulejos del baño, mientras me bañaba: dibujé una cruz, una cruz de restos de jabón, una cruz opaca sobre los azulejos brillantes: una cruz de grasa seca, así se veía. Y cuando regresé a casa ese día, fui a constatar mi cruz y ya no estaba. Concluí que Luisa me tocaba las paredes: abolía sus marcas, las volvía dinámicas, les quitaba certeza. Entonces me reuní con ella, al día siguiente, y le expliqué. No alcanzó a comprenderlo. Yo me di cuenta porque empecé a hacer trazos por toda la casa. Dibujaba un círculo a lápiz en la puerta blanca del baño, o dibujaba un monigote en la pared de mi cuarto, o un asterisco en el marco de la puerta de entrada y Luisa, invariablemente, me sacaba todas y cada una de las marcas. Eso inauguró una etapa bélica entre nosotros. Por eso tuve que reunirme con ella tan especialmente en ocasión del mosquito. Se lo mostré con toda dedicación. Le hice notar que solo se veían cuatro patas y dos alas. Le hice advertir que las otras dos patas debían estar bajo su cuerpo. Le expliqué con todo detenimiento que ese mosquito me pertenecía y que era indispensable que no me lo quitara. Ese día, Luisa lloró. Nunca supe por qué. No fue un llanto declarado, manifiesto. Fue contenido, como tragándose, pero las lágrimas le caían despacio, sobre sus surcos de vieja, sobre sus labios marchitos. Yo no dije nada, pero casi lloro con ella. Supongo que ella

lloraba por algún recuerdo de mis miedos infantiles, de ella acurrucándome en su regazo inequívoco de entonces. Yo, en cambio, hubiese llorado de odio, o de desmoronamiento. Un poco por sus lágrimas y un poco porque no lo tocó me di cuenta de que esa comunicación entre Luisa y yo había resultado efectiva. El mosquito sigue ahí y a mí me hace tremendamente feliz verlo todos los días, y todas las mañanas, y todas las noches, cuando vengo a mi estudio a escribir, o a leer, y lo veo estático, en el mismo sitio, incommovible. El mosquito me devolvió, además, otra certeza: que Luisa podía escucharme. Que Luisa entendía. No como Martina, que no escuchaba, que no entendía. A Luisa yo le importaba. Eso fue reconfortante en esa etapa. Una etapa corta, porque duró unos seis meses, pero apacible. Martina ya no estaba para alterarme con sus exigencias, con su presencia, con su agitar el aire y remover objetos y sacudir palabras y pretender respuestas y Luisa se mostraba de lo más amable, caminando como furtiva, dándome el placer del silencio y de lo incólume. Logró arrancarme unas cuantas sonrisas e, incluso, alguna que otra palabra y hasta acepté, en tres ocasiones durante esa etapa, que me trajera un café al estudio, que es como decir, que tocara mi taza, y mi café, con el riesgo de que no dejara todo en su lugar. Pero Luisa era muy cuidadosa en esos días y dejaba las cosas siempre en la posición correcta. Yo estaba extasiado, y agradecido, y consideré que podía

prolongar mi vida largamente en esa situación. No podía pedir mucho más. ~~Dadas las~~ circunstancias, había logrado muchísimas certezas. Casi nada se movía por sí mismo, casi nadie me hablaba sin que yo lo buscara y el mosquito seguía allí.

No recuerdo exactamente cuándo empezó a ocurrir, pero sí recuerdo que fueron varias noches consecutivas. Estaba en mi estudio, era tarde, prácticamente de madrugada, nadie a mi alrededor, un clima ventoso, eso sí, porque estábamos en primavera, y en primavera el viento se obstina, y empezó a ocurrir algo curioso: la puerta de mi estudio, por mucho que yo la cerrara, volvía a abrirse. Empecé a tener la idea de que el viento la abría. Entonces me paraba y la volvía a cerrar. La primera vez que esto ocurrió, la cerré tres veces y las tres veces se volvió a abrir. Opté por dejarla entreabierta. La segunda noche pasó algo parecido y me inquieté un poco más. Me empecinaba en cerrarla, pero ella se abría. Acabé dando dos o tres portazos que resquebrajaron el marco de la puerta. Al cabo, la puerta quedó abierta, pero apoyada contra el marco, y ya no volvió a molestar. Me fui a dormir algo excitado. Después vino una noche de vientos continuos y quise asumir que la puerta se abriría, por fuerza. Opté por cerrarla con cuidado cuando entré a mi estudio, a leer un rato, antes de acostarme. Me cercioré de que el pestillo se hubiera incrustado en el hueco. Tironeé del picaporte y comprobé que estaba debidamente cerrada. No obs-

tante, al cabo de una media hora, la puerta se abrió. La cerré, como siempre, pero enseguida volvió a abrirse. Esta vez se abrió lo suficiente como para que pasara un cuerpo; se abrió como si alguien la abriera. Eso pensé en un primer momento, pero enseguida lo descarté, por irracional. Así que me incorporé nuevamente y volví a cerrarla, tranquilo. Cinco minutos más tarde, apenas me había enfrascado en el capítulo dos de la novela, la puerta volvió a abrirse. Decidí quedarme inmóvil, observándola. Enseguida se cerró por sí misma. Es lógico pensar que el viento que la abre puede volver a cerrarla, pero me llamó la atención que lo hiciera suavemente, yo esperaba un portazo de viento, un cerrarse brusco, intempestivo, y en cambio fue tan suave. Quise volver a concentrarme, quise convencerme: es el viento; el que remueve mis hojas de otoño anda jugando con mi puerta en primavera. Ya no pude leer. Esa noche tampoco pude conciliar el sueño. A la mañana siguiente Luisa me encontró sentado, en pijama, en ayunas, en la cocina. Noté que trató de disimular la sorpresa y me saludó naturalmente. Yo la miré fijo, como buscando que me preguntara qué hacía yo ahí, a esa hora, en pijama, pero ella permaneció muda. Terminé por pedirle que me hiciera un café. Este pedido también debe haberla extrañado porque era completamente inusual. Mientras Luisa ponía la pava en la hornalla, de espaldas a mí, empecé a hablarle: la puerta se abre, le dije. Ella permaneció en silencio, concen-

trada en abrir la alacena para buscar la taza o el cajón para sacar la cucharita. La puerta de mi estudio se abre de noche, le dije. Yo la cierro, pero ella se abre. Luisa me miró, como buscando saber más, pero sin decidirse a preguntar. Volvió a darme la espalda, mientras controlaba que el agua no hirviera, hundiendo sus ojos en la profundidad de la pava, como si su acero lustroso pudiera hacer algo más que reflejar su propia congoja. Nos quedamos los dos en silencio hasta que me acercó la taza de café. Me aferré firmemente al plato y, sin soltarlo, levanté mis ojos hasta encontrar los suyos. Cuando estuve seguro de que me miraba, le dije: Tengo miedo. Entonces Luisa quiso abrazarme. No lo permití. Me dio vergüenza: ya no era un niño, no podía consentirlo. Clavé mis ojos en el fondo oscuro de la taza. Ella permaneció de pie, frente a mí, inmóvil. Podría decirse que ese día desayunamos juntos. La presencia de Luisa me devolvió cierta paz, porque apenas terminé mi café me sentí relajado. Le anuncié que me iba a acostar, quería descansar un poco. Le pedí que me despertara antes de irse. Logré dormir profundamente, como si fuera de noche y nada inquietara mi sueño. Cuando Luisa vino a despertarme fue como si me sacara de una noche eterna, de una noche muy cerrada, perfecta. Maldije que me despertara, pero yo mismo se lo había pedido. Ofreció quedarse conmigo esa noche. ¿Quiere que me quede?, escuché al otro lado de la puerta, como amortiguado por la distancia

y por el sueño. Que no, le dije, que no era necesario. No tardé mucho en arrepentirme, no hubiera estado de más que alguien testificara lo que el viento hacía con mi puerta. Bajé corriendo a buscarla, pero ya se había ido. La luz del día volvía inverosímil la sola idea de pedirle a una anciana que se quedara con un hombre adulto para protegerlo del viento en la noche, pero aun así me acerqué hasta la puerta, la abrí y salí a buscarla. No debe estar lejos, pensé. Ya en la vereda sentí la incomodidad de la brisa sobre mi rostro. Me quedé en la puerta de casa, mirando a un lado y a otro, tratando de adivinarla bajo los árboles, entre las miradas ajenas, pero solo veía brazos en movimiento, y también piernas, en ese compás irrefrenable, una y otra, una después de otra, y las hojas de los árboles, frenéticas, irritantes. Y palomas, en un sube y baja infernal, de la rama al asfalto, una y otra vez, inquietas, molestas. Y perros, también, siguiendo al amo, sardónicos, la lengua afuera. Debí volver a casa de inmediato, pero di la vuelta a la manzana, como si en ese caminar fuera a tropezarme con Luisa, y a decirle que sí, que cómo no, que se quedara conmigo. A medida que avanzaba todo se movía más y más, como con saña. Con saña la anciana que arrastraba el changuito de las compras, con saña el perro que levantaba la pata para orinar, con saña los automovilistas que aceleraban frente al semáforo, con saña las bocinas y los gorriones y las piernas y los ojos y los adoquines. Todo inestable. Corrí a casa,

urgido, molesto, como si me escapara de eso que se hace hélice y empieza a girar y ya no para, succiona, deglute, vuelve polvo, rompe todo, lo estalla. Sé que no debo salir. En casa me siento a salvo, conozco la ubicación exacta de cada objeto y podría prepararme un café con los ojos vendados, si quisiera. Mi casa me devuelve una certidumbre que se parece bastante a la felicidad. No debo salir. Eso mismo le dije a Luisa al día siguiente: Ya no saldré, Luisa. Me miró tranquila, como si hubiese sabido que eso era perfectamente posible. Para mí no era una situación nueva; de hecho, prefería quedarme en casa. Esta decisión más bien me calmaba, me quitaba tensiones, esa incertidumbre de salir y nunca saber qué puede pasar ahí afuera.

Habré tenido unos dos o tres meses de felicidad completa, con Luisa cuidándome más que nunca y todo bajo control dentro de casa. Solo Martina llamó un día. Atendió Luisa y le dijo que yo no estaba. No sé qué querría de mí, ya se había llevado todo y nunca más llamó. A veces sentía un poco de pena, porque Martina había sido buena conmigo, el único problema es que se movía demasiado. A veces la extraño.

Hace cuatro semanas empezó a pasar una cosa curiosa. Fue una mañana. Yo estaba solo en casa, Luisa aún no llegaba. Su ausencia me causaba inquietud. Ella era muy puntual y nunca faltaba. Empecé a caminar, para calmarme un poco. Caminaba de la cocina al comedor, del comedor al baño, del baño a la cocina

y volvía a empezar. Yo estaba solo, no había razones para oír pasos. Pero se oían pasos, claramente, como si alguien me estuviera siguiendo. Eran repercusiones idénticas a las producidas por mis zapatos pero con un retardo, a cada paso que yo daba, aparecía un eco que lo replicaba. El ruido venía de atrás, como si alguien estuviese siguiéndome a unos pocos centímetros de mí. Cuando oí los primeros pasos, me di vuelta instintivamente; tan pronto lo hice, me reí de mi desatino. Era obvio que no tenía sentido darme vuelta pues estaba solo, dentro de mi hogar, sin extraños a mi alrededor. Esa mañana los ecos eran intermitentes. Tres pasos míos, tres pasos detrás. Dos pasos, ningún eco. Otros cinco pasos y el repiqueteo molesto a mis espaldas. No eran pasos estables, no seguían una lógica, aparecían y desaparecían a su antojo. Yo en general caminaba poco, así que pensé que podía ser efecto de alguna función acústica que tuviera la planta baja de mi casa y que yo, hasta entonces, no la hubiese notado. Por otra parte, yo no solía caminar calzado dentro de la casa, más bien prefería las medias, que son más silenciosas. Ese día me había puesto los zapatos porque la mañana estaba fresca, tal vez yo tuviera un poco de fiebre y eso me hacía sentir más frío. Había tenido pesadillas a la noche y las cosas se ponían mal otra vez. Me convencí de que los ecos eran fruto de la acústica del living y del hecho de que yo me hubiera puesto a caminar con los zapatos, con cierta inquietud por la

demora de Luisa, lo que probablemente hiciera que mis pasos sonaran más fuertes. El problema fue que este asunto empezó a repetirse. Y se daba tanto en la planta baja como en el estudio. Decidí dejar de usar zapatos. Un día le dije a Luisa: Ya no usaré zapatos.

Los ínfimos movimientos de las cosas, inevitables, empezaban a molestarme. Ya no era que me inquietara que Luisa dejara el jarrito de la leche con el asa a la izquierda en vez de dejarlo con el asa a la derecha. Me empezó a incomodar el movimiento voluntario de las cosas. Un día le dije a Luisa: Las cosas se mueven. Ella me miró extrañada y yo me ocupé de aclararle que ella, por supuesto, no tenía nada que ver. Que las cosas simplemente se movían, algunas veces por acción del viento, otras veces por efecto de alguna fuerza que las corría a una posición aleadaña primero y más distante después, pero que ella se quedara tranquila porque yo sabía que no era su culpa. En el fondo yo me sentía inquieto, pero me pareció justo calmarla porque vi en sus ojos que ella se preocupaba por estas cosas tanto como yo.

Hubo una mañana en que Luisa se portó verdaderamente mal conmigo. Llegó tarde y dejó marcas de barro en la cocina. Esas marcas eran unas figuras incómodas. No quise herirla. Veía las marcas y me mantenía en silencio, absorto, viéndolas. Cuánto me incomodaban. Qué esfuerzo hice por no decir nada. No sé si es que ella estaba un poco molesta porque yo

había dejado de usar mis zapatos. Tal vez eso la incomodara por alguna razón que no se me hacía evidente. Pero su humor había cambiado y ella empezaba a dejar algunas cosas fuera de lugar. Un día colgó el pantalón que yo había dejado sobre la cama. Otro día puso azúcar en mi salero. Yo me di cuenta porque esa noche quise ponerle sal a la sopa, que estaba un poco insulsa, y cuando fui a probarla tenía un gusto rancio, entonces me di cuenta de que era la mezcla de sal y azúcar lo que le daba ese gusto. Yo le dije: Luisa, no vuelva a poner azúcar en mi salero.

Un día mi hermana llegó a casa desencajada. Le pregunté qué le pasaba, pero nunca fue mujer de muchas palabras, solo me dijo algo de un mosquito. Creo que ese fue el día que el hombre la tuvo sentada como dos horas hablándole de un mosquito. Mi hermana le tenía aprecio al hombre. Alguna vez me dio a entender que la confundía con una nodriza que él había tenido en la infancia, una señora que se habrá llamado Luisa, supongo. Al principio mi hermana intentaba explicarle que ella se llamaba Josefa, Josefa Castillo, le decía, para remarcarle que ella no era esa Luisa que él recordaba. Pero él insistía con una entereza que la hizo recular. Un día llegó del trabajo y me dijo: no hay caso, me sigue llamando Luisa. Ya no lo voy a corregir, el nombre no es feo y me lo dice con una confianza de niño que me desarma. Así era mi hermana y más de una vez ella me confesó que le gustaba el tono con que él le decía Luisa. Era como una cadencia, algo en la voz de él que a ella la hacía sentir bien, como cuan-

do uno está en familia, algo de la intimidad que le llegaba en ese tono y que, creo, hizo que Josefa trabajara todos esos años para él. No sé si fue esta circunstancia con los nombres, con eso medio íntimo que generaron entre ellos, lo cierto es que mi hermana lo quería; no me lo decía abiertamente, pero se notaba, porque me hablaba de él con cierta ternura, como perdonándole todo, como comprendiéndolo. Mi hermana no solía hacerse problema por las cosas. Más bien se tomaba todo a broma. Yo le llamaba la atención porque soy más desconfiada. De entrada nomás, cuando pasó este asunto del nombre, me acuerdo que yo le dije que eso a mí no me gustaba para nada. Pero a ella no parecía importarle. No era una mujer reverberante: una vez que algo le cerraba ya no volvía a molestarla. Yo creo que ese fue su error. No prestar atención, dejarse llevar por ese tono de confianza, por esa familiaridad que tanto la atraía. Pero claro, visto desde hoy, yo debí hacer algo, no conformarme con esa voz que todo lo contaba de soslayo. Cómo engañan los tonos. Me doy cuenta ahora. Es que yo le decía que estaba trabajando en casa de un loco, pero ella se reía tanto, con tantas ganas, le parecía todo tan tierno, se conmovía tanto con sus rarezas, que se dejó estar. Que era bueno, me decía. O que era como un niño. Que no me preocupara. Que ella no estaría con él si fuera peligroso. Todo eso me decía cuando yo le remarcaba alguna cosa que no me gustaba. Es cierto

que había cuestiones estables, como ese asunto de llamarla Luisa o eso de obligarla a quitar las partículas de polvo, así le decía él a la tierra, partículas de polvo que había que quitar sin mover los objetos de lugar. Porque él tenía toda una fijación con los objetos. Básicamente, por lo que me decía Josefa, él necesitaba que las cosas tuvieran un lugar determinado, un espacio donde alojarse, y lo importante era, precisamente, que ese espacio fuera inamovible. Por ejemplo: el lugar de la taza era el lugar de la taza. Él tenía solo una taza y decía que era para evitar el desorden. Tenía una sola cucharita para el café, un solo plato, un solo tenedor, un cuchillo, una fuente, una almohada, un par de zapatos, un pijama, todo de a uno, para no confundirse.

El hombre le decía a mi hermana que a veces extrañaba a su novia, que por suerte se había ido porque le tocaba todo. Mi hermana nunca supo de ella, ni de fotos que él conservara. Es probable que no fuera más que un recuerdo desvencijado. Sí vino preocupada una noche diciéndome que el señor tenía un problema con la puerta de su estudio, que aparentemente se abría. Una mañana lo encontró en la cocina, mal dormido, como un niño asustado, diciéndole que tenía miedo. Ella le ofreció acompañarlo esa noche, pero él no aceptó. Después vino el asunto ese de los pasos, parece que él oía pasos por la casa, como ecos me decía mi hermana. Ese día la noté asustada. Ecos, me

repetía. Y yo no sabía bien qué decirle pero insistí con mi idea de que el hombre desvariaba. Y después vino una etapa complicada, que mi hermana trataba de disimular, pero que a mí ya no me gustaba nada. En primer lugar, porque mi hermana ya me hablaba demasiado seguido del señor, había demasiadas complicaciones, como más cercanas en el tiempo, como si se volvieran más asiduas. O eran los pasos, o era la puerta del estudio, o era el asunto de que el viento le movía los objetos, o si no era el viento era otra cosa, pero fue una etapa diferente, yo la notaba cambiada, como si hubiera pasado de esa confianza cómoda, de esa sensación familiar, a una sensación de cierto extrañamiento, como si hubiera un resto que ella no terminaba de entender. A veces lo encontraba en su estudio, un poco absorto, como ido y repitiendo: me llamo Juan Pedro, Juan por mi abuelo y Pedro por mi tío, Juan Pedro, repetía siempre, Juan Pedro, y así estaba horas, solo, reproduciendo su nombre. Al cabo bajaba y le pedía un café o solo la miraba y no le decía nada mientras abría las alacenas para constatar que las cosas siguieran en su lugar. Una vez que había revisado todas las alacenas y todos los cajones suspiraba profundo y le decía a Josefa: muy bien, Luisa, qué bueno que solo quitaras las partículas de polvo. Después desaparecía, se encerraba en su cuarto y contaba en voz alta. Mi hermana se conmovía muchísimo: me decía que lo oía contar, uno, dos, tres, en voz alta, cuatro, cinco,

seis, llegaba a varios millones, pasaba horas contando nadas, o vacíos.

El problema quedó en evidencia el día que mi hermana llegó a casa llorando. Ese día me tuvo que escuchar; le dije de todo. Llegó llorando y no me quería contar. Se quedaba callada. Le grité. Le dije que si no me contaba lo que había pasado, dejaba de ser su hermana y me iba para siempre. Que si ella no confiaba en mí, entonces que se quedara sola, con ese delirio que la hacía llorar sin contarme nada. Tanto le grité, tanto le dije, que al final se secó los ojos y me dijo que el hombre andaba pegando los objetos a los muebles. Que la había mandado a comprar pegamentos, toda clase de pegamentos, muchos pegamentos. Y empezó, sistemáticamente, a adherir las cosas a las superficies. Ella llegó una mañana con el arsenal que él le había encargado el día anterior. Estaba atenta porque no tenía idea de qué clase de reparaciones él quería efectuar. Había muchas cosas rotas; ella creyó que él verdaderamente se disponía a repararlas. Pero tan pronto le entregó los pegamentos, él se puso manos a la obra frente a sus narices. Empezó por pegar la taza a la alacena que le estaba destinada, siguió con la azucarrera, el platito, luego los cubiertos adentro del cajón, el jarrito de la leche adentro de la heladera, el velador a la mesa de luz, las sábanas al colchón, las macetas al piso, la pava a la hornalla, el cajón a los rieles, la ropa a las perchas, los libros a los estantes, el teléfono a la

cómoda, los papeles al escritorio y así siguió, todo el día. Mientras ella estuvo él llegó a adherir una cantidad enorme de objetos a sus lugares. Usaba un pegamento específico para cada cosa. Hasta donde me dijo, porque a lo mejor se guardó algo, llegó llorando porque lo veía muy mal y no sabía cómo ayudarlo.

Al día siguiente mi hermana no volvió del trabajo. Eran las ocho de la noche y no volvía. Ella siempre llegaba a eso de las seis. Entonces la empecé a llamar al celular, pero no atendía. Estaba apagado. Pensé que se lo habían robado y me preocupé. Fui a la comisaría a denunciar lo que estaba pasando. No tuve problemas en explicar todo con lujo de detalles; de hecho, me hizo mucho bien contar que mi hermana trabajaba para un loco que la obligaba a hacer cosas descabelladas y que ella, por cariño, o por pudor, no decía nada. Al principio no me hicieron mucho caso. Me pareció que dudaban de lo que les decía y en un momento hasta tuve el presentimiento de que me iban a tomar por loca a mí. Pero insistí. Y al final les pedí que, al menos, verificaran si mi hermana estaba en su trabajo. Me subieron a un patrullero y me llevaron hasta la seccional que correspondía al domicilio del hombre este. Entramos a la casa a las cinco de la mañana.

Lo que encontramos es difícil de describir. Mi hermana estaba adherida a la silla de la cocina. Tenía los labios pegados, las manos, dedo por dedo, adheridas

a la mesa, la silla adherida al piso, los tobillos adheridos entre sí, con pegamento y vendas que llegaban hasta las rodillas, las muñecas adheridas a la mesa y vendadas con pegamento una con la otra y ambas con la mesa y con la espalda en una venda que le cubría todo el cuerpo, como si mi hermana fuese una entidad momificada. Le había puesto pegamento en las fosas nasales. Mi hermana no tenía resquicio por donde respirar.

Cuando subimos al cuarto, encontramos al hombre adherido a la pared, los labios también adheridos entre sí, los brazos entretejidos de remeras en jirones, la cabeza repleta de pegamento, los cabellos como púas secas adheridas a la piel, los tobillos atados en jirones de sábanas, las fosas nasales cubiertas de goma y los ojos desorbitados de pedir auxilio.